

EB

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 486

50 CTS.



La frontera  
de  
la muerte

POR  
Florence Vidor  
y  
Wallace Beery

Número extraordinario

FilmoTeca  
de Catalunya



WELLMAN, William A.

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 486

*Chinatown Nights, 1929*

## La frontera de la muerte

Emocionante asunto, interpretado por  
Florence Vidor y Wallace Beery

*Versiones en mudo / sonorizadas*

Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

**PARAMOUNT FILMS, S. A.**

Paseo de Gracia, 91

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

HELEN GARDEN

*Ver: The Great Movie Stars (Beery/24)*



## La frontera de la muerte

*Argumento de la película*

—¡Visiten los misteriosos antros del barrio chino, los místicos templos donde se veneran las deidades del enigmático Oriente! ¡Viaje de ida y vuelta, un dólar!

Tal pregonaba en una populosa calle norteamericana el conductor de un autobús que recorría continuamente el Chinatown, el célebre barrio chino, pleno de misterio y de fascinación.

Momentos antes de partir y cuando ya sólo le faltaban unas pocas personas para tener el completo, el erudito conductor abrió la portezuela del automóvil a una

señora elegantemente vestida, quien acababa de apearse de un lujoso Rolls-Royce.

La señora era joven, alta, espléndida, de ojos negros y llenos de vivacidad. Se llamaba Juanita Cheir y era millonaria. Soltera y huérfana, vivía la vida un poco libre de la mujer moderna que aun no ha sentido definitivamente la influencia de un fuerte amor que la bligue a hacer vida de hogar.

Gustaba de recorrer el mundo, de llevar una existencia exótica y cosmopolita, de pasear su belleza bajo todos los cielos de la Tierra.

Aquel día iba acompañada de Gerald, uno de sus incontables admiradores, admiradores de su fortuna y de su belleza. Y si hubiesen tenido que escoger, habrían escogido lo primero...

Gerald no pareció muy satisfecho de trasladarse al autobús.

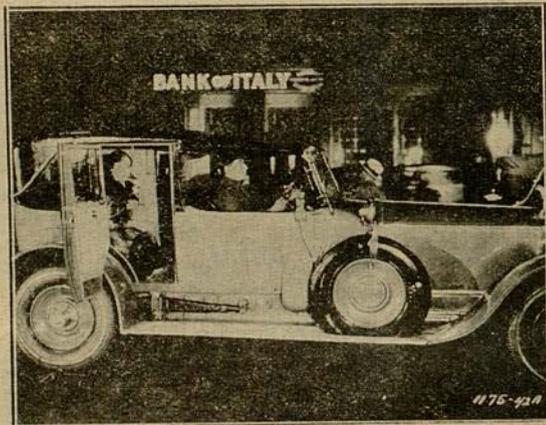
—Eso del barrio chino es un engaño para turistas... Tú y yo no somos de éstos.

—Anda, acompáñame y no protestes más. Vamos al Chinatown, Gerald...

—¡Bien, bien! ¡Como tú quieras!—dijo el joven, tomando asiento en el coche al

lado de Juanita—. Pero también es capricho cambiar un Rolls-Royce por esto...

Y señalaba el coche en que ahora iban, desvencijado y de líneas antiestéticas.



*Se llamaba Juanita Cheir y era millonaria.*

—¡No protestes!... Mira, ya marchamos. ¡Bravo... bravo!

—Estamos perdiendo el tiempo miserablemente, Juanita... Chinatown es toda una mentira.

—Si es una mentira, te sentirás en él como en tu casa...

Minutos después, el auto, lleno de viajeros, se encontraba en la barriada oriental donde todo, edificios, gentes, la construcción de la calles, todo recordaba el aspecto auténtico de un distrito chino en pleno corazón del Asia misteriosa.

Y a medida que avanzaban antes las sombrías casas y las calles mal iluminadas del suburbio, los viajeros del automóvil escuchaban admirados la descripción que el mismo conductor iba haciendo de los lugares que recorrían.

—En ese subterráneo que ven ustedes ahí enfrente está el famoso palacio encantado de On Wong, cuyo mágico incienso hace iguales al pobre y al rico...—iba diciendo por medio de una bocina.

—¡Embustero! — exclamó en voz baja Gerald.

—¡Cállate!—le riñó Juanita, seducida por el atractivo incitante de aquella hora.

Y seguía el chofer describiendo la taberna subterránea.

—¡Vean, vean ustedes, señores!... Allí

entra en este instante una víctima de los sacrificios de On Wong.

El chino que iba a entrar en el local se volvió e hizo una mueca despectiva al auto de los turistas.

—Esos *amelicanos* son unos bobos—exclamó, a tiempo que desaparecía por la escalera de caracol que conducía al sotabanco.

Siguieron avanzando lentamente y de nuevo se dejó oír la voz autorizada del conductor:

—Ahora estamos a dos pasos de la frontera de la muerte, que es la línea divisoria de los dos “tongs” rivales... “Tongs” significa sociedad secreta y casi todos los chinos están afiliados a alguna de ellas... Cuando estos “tongs” que se odian rompen las hostilidades, no hay chino que tenga la vida segura en esta calle.

Gerald no parecía estar muy satisfecho de su viaje.

—¿Por qué hemos venido?—dijo.

—Hay que conocerlo todo, queridoito... No todo lo del mundo es Broadway—respondió ella con la tranquilidad de la muchacha audaz que no concibe la existencia sin grandes peligros.

De pronto, el automóvil se detuvo y la alarma cundió entre los pasajeros.

Atravesado en la calle se veía el cadáver de un infeliz chino que acababa de ser víctima de la guerra de los “tongs”.

Descendieron bruscamente los pasajeros para examinar a aquel hombre que yacía sobre un charco de sangre.

Gerald mostró su escepticismo.

—¡Esta sí que es buena!—dijo—. Un pelele chino puesto aquí para asustar a los bobos que creen en estas tonterías.

—¡Está muerto!—dijo otro de los viajeros.

Al propio tiempo, de una de las tiendas, salió un hombre blanco, de aspecto enérgico y varonil, una de esos blancos que, llevados de su influencia y de su temperamento, exaltan e inflaman las pasiones de los orientales.

El conductor le conoció inmediatamente y su sonrisa se trocó en una mueca de terror. Era Chuck Riley, jefe de una de las bandas de “tongs”, un blanco que no entendía de bromas.

—¡Fuera de aquí todos!—gritó Chuck,

señalando a los viajeros que se habían arremolinado ante el muerto.

La confusión fué extraordinaria y los viajeros atropelladamente volvieron a subir al autobús.

Pero Juanita, que curioseaba junto al hombre que yacía en plena calle, no tuvo tiempo de subir al coche, pues éste arrancó rápidamente sin esperar a la viajera que se acababa de retrasar unos segundos.

Desapareció el auto como una exhalación y Gerald protestó indignado de que no esperasen a la señorita.

—Pare... pare... Que dejen ustedes a mi compañera.

—¡Peor para ella! ¡No es posible detenerse! — dijo el conductor acelerando la marcha—. Cuando Chuck Riley dice ¡fue-  
ra! no hay más remedio que marcharse.

—Pero eso es una infamia...

El conductor ya no le contestó y el "ómnibus" pronto se alejó del peligroso barrio chino.

Y como Gerald tenía entre otros defectos el de ser un perfecto cobarde, no se sintió con ánimos para descender y correr en auxilio de la valiente muchacha... Y se limitó

a murmurar cruzando los brazos en melancólica actitud:

—Yo no puedo hacer nada por ella...  
¡Que Dios la proteja!

\* \* \*

Juanita, al ver que el autobús se alejaba, sin que ella hubiera tenido tiempo de alcanzarlo, a causa de la muralla de gente china que se había formado a su alrededor, no perdió por eso la serenidad.

Una de sus bellas cualidades era la de no amilanarse ante el peligro. Tenía una inmensa fe en su destino y le parecía imposible que le ocurriese nunca ningún mal.

Los chinos la miraban con extrañeza y recelo... A pocos pasos de Juanita, Chuck Riley, el hombre que con su voz había provocado la huída de los turistas, la miraba sonriente y un tanto admirado de su entereza.

Era Chuck el único blanco que había sabido adueñarse de una de las bandas de "tongs" y manejarla en provecho propio,

convirtiéndola en una especie de guardia de su persona y de su feroz absolutismo.

Juanita, sin perder la serenidad, se dirigió resueltamente a él y le increpó de este modo:

—¿Por qué no trata de hacer algo por este infeliz? Tal vez no esté muerto.

—¿Hacer algo?—respondió Chuck, riendo—. A menos que haga usted un milagro no tiene remedio. ¡Está más muerto que una piedra!

Aparecieron dos chinos, hombres de aspecto feroz y repugnante.

—¡Hola, Chuck!

—¿Qué pasa?

—¡Hombre!, si te interesan las noticias de sociedad, esa chica podrá darte alguna. Ha venido aquí en un autobús de curiosos que la dejó.

—Ya lo sé... y no os debéis preocupar de ella...

—¿Y ese muerto?

—Lo mató uno de mis amigos, que se dió a la fuga después. El muerto era un Ho Yan y pretendió atravesar nuestra frontera.

—¡Bien caído!

La conversación era en chino, por lo que Juanita no entendía una sola palabra. Pero, a juzgar por la expresión feroz de aquellos rostros, debían hablar cosas terribles.



—¿Por qué no trata de hacer algo por este infeliz?

Chuck cesó de hablar en aquel idioma y dijo en inglés a Juanita:

—Bueno, señorita... Sería conveniente que abandonara usted el barrio. Es muy peligroso. Pero todos los taxis andan ocupa-

dos esta noche... La acompañaré hasta el límite del distrito.

—¿Se ha creído usted que soy uno de sus sicarios chinos para mandarme?—respondió Juanita, enfurecida por el tono enérgico que no admitía réplica con que aquel hombre había hablado.

—Yo no le he mandado nada, señorita... Solamente le he aconsejado y ahora le repito que una mujer que se precie de correcta está de más aquí.

—¿Pues qué he de hacer?

—Ya se lo dije. La acompañaré fuera de la zona peligrosa.

En este preciso instante, Chuck vió venir, escondiéndose entre las sombras, a dos chinos del "tong" enemigo.

Consciente del peligro que la joven corría y temiendo una agresión por parte de aquellos feroces adversarios, Chuck cogió entre sus brazos a Juanita y la condujo al interior de la casa donde él habitaba.

La acción fué rápida, tal como convenía a la inminencia de la agresión.

Juanita, sin saber por qué la había cogido aquel hombre, protestó al verse en una pequeña casa, llena de objetos exóticos.

—¿Por qué ha hecho usted eso conmigo, gorila?—rugió.

—Para salvarla... Esa acera pertenece a mi "tong"... La de enfrente, al "tong" enemigo... Cuando alguien atraviesa la frontera, hay muertes seguras. Y he visto a dos enemigos que iban a lanzarse contra usted... Me ha dado usted lástima. A pesar de sus insultos, me gusta interesarme por una mujer de mi raza—agregó humanizando algo sus adustas facciosas.

Juanita sintió que se iba desvaneciendo su hostilidad. Aquel hombre no parecía tan malo como a primera vista creyera.

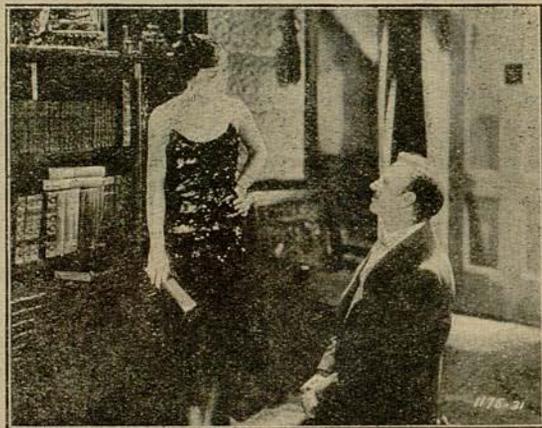
—¡Bueno!—continuó Chuck—. ¡Si quiere usted irse, váyase! Como rechaza mi compañía y mi amistad, yo no puedo acompañarla.

—¡No... no!... ¡Usted perdone!—replicó Juanita vencida por el trato bondadoso de aquel hombre—. Perdóneme si le traté mal. Tengo ahora toda la esperanza en usted y en usted me confío para salir de este terrible barrio.

—Terrible es, en efecto. Los que vivimos en él somos como condenados del infierno. ¡Ah, no comprendo cómo hay mujeres de

la llamada buena sociedad que encuentran placer en venir aquí!

—Yo iba en el auto... Mi intención no era bajar... Pero ocurrió lo del chino muerto.



—*¡Si quiere usted irse, váyase!*

—¡Sí, sí!... Usted no tiene la culpa... Aquel chino era un enemigo mío... se atrevió a pasar la frontera, a venir a mi acera... ¡y lo mataron!...

Juanita se estremeció.

—No se asuste. Venga conmigo. Saldrá ahora sin temor... Y, en todo caso, mi revólver hablará por mí.

Juanita, confiadamente, le siguió y salieron de la casa.

La calle estaba casi desierta... Fueron pasando por la otra acera amiga, sin que desde la acera contraria les hiciesen el menor acto de hostilidad. Pero Chuck adivinaba que había mil ojos espíandoles, prontos a lanzarse contra ellos.

Algunos chinos, de aspecto feroz y sonrisas que helaban por lo crueles, saludaban el paso del jefe Chuck, que apenas les contestaba con un gruñido.

—¡No tenga miedo!—decía Chuck a Juanita—. ¡Cójase de mi brazo!

—Sí... sí...

Y Chuck sintió de pronto que todo su cuerpo se estremecía al suave contacto de un brazo de mujer, de una mujer que era de otra esfera, de otro mundo que aquel donde se hermanaban todas las malas acciones y pecados.

Varios chinos, ya casi a la salida del barrio, se acercaron a Chuck y le dijeron en su idioma y con grandes aspavientos:

—Los Ho Yans han roto la tregua que habían firmado y han matado a varios de nuestros hombres... ¡La guerra desde este momento queda declarada!

—Así es. Ellos la quieren... pues que se atengan a las consecuencias... Id a fijar en la pizarra de avisos de la escuela china la declaración de hostilidades—ordenó Chuck.

Los orientales marcharon lanzando al cielo un grito gutural, misterioso, de razas medio salvajes para quienes la guerra es una necesidad.

Juanita no comprendió lo que decían, pero adivinó en su actitud el espíritu de muerte y de guerra.

Silenciosa continuó al lado de Chuck, que al hablar con ella se humanizaba, adquiriendo su voz un temblor de honda ternura. Parecía que la presencia de aquella mujer fuese como un baño de bondad y de caricias para su malvado corazón.

Salieron del barrio chino, llegando a una gran avenida donde la vida de la civilización corría desbocada con una velocidad de automóvil.

Chuck llamó a un taxi e hizo subir a Juanita.

—¡Está usted ya en salvo! Puede dirigirse ahora a su domicilio, en la seguridad de que nada le ha de ocurrir... Este es un barrio decente. ¡Y adiós, señorita! Celebro haberla podido proteger esta noche.

—¡Gracias... gracias!... Mi agradecimiento es muy grande... Me llamo Juanita Cheir—dijo—. ¿Y usted?

—Chuck Riley.

—¡Ah! ¿Cómo es posible que un hombre educado como usted sea el amo de esa herda amarilla?

—¡Cosas de la vida, señorita!

—¡Qué lástima que sea usted así!

El coche partió, y Chuck, lentamente regresó solo a su barrio...

Por primera vez en su vida, aquel hombre que desde su juventud había tenido tratos con la vida violenta y mala, se sentía preso de una inquietud que no era su inquietud habitual, sino llena de dulzura y de suavidad.

Nunca había hablado con una mujer así, fina y delicada, en cuya alma la pureza estuviera grabada como un sello de oro. Sólo conocía a mujeres malas, a mujeres de todos, a mujeres de nadie...

Movió los hombros y aceleró el paso. ¿Para qué pensar más en aquella criatura, a la que nunca volvería a ver?

¡Bah! Lo que interesaba era regresar cuanto antes al barrio chino para tomar sus medidas acerca de la nueva guerra que se iba a suscitar entre los dos "tongs" rivales, adversarios implacables que entre sí no se concedían cuartel.

\* \* \*

Durante los dos días siguientes, las hostilidades entre los dos bandos de "tongs" se redujeron a pequeñas escaramuzas. Resultaron varios muertos por ambas partes, pero sin que la cosa adquiriera carácter decisivo.

Y, sin embargo, se estaba preparando ya la gran refriega que iba tal vez a inclinar la balanza de la victoria.

Para ello se escogería un terreno neutral: el teatro chino, situado en una calle aislada y en cuyo salón, en tiempo de paz, iban los hombres de los dos "tongs" a divertirse y sin sentir la necesidad de hacer revivir viejos rencores.

Aquella tarde, Jerry E. Williams, un hábil reporter que, enterado de que las hostilidades se reanudaban, había ido al barrio chino a entrevistar a los principales personajes de aquella guerra civil, se encontró en plena calle con Chuck Riley.

Los dos ya se conocían de antiguo, pues el reporter había asistido varias veces a aquellas peleas.

—¿Qué hay, Jerry?

—Un aviso de amigo, Chuck. No te acerques al teatro chino esta noche—le dijo, haciendo aspavientos.

—¿Por qué causa?

—Tu rival Boston Charlie, el jefe del "tong" enemigo, dice que si te acercas, sus gentes te matarán.

—¿De veras? Pues quien ha de ir con cuidado es Charlie, que no lo olvide. Yo iré al teatro porque así se me antoja.

—¡No cometas imprudencias!

El reporter se despidió de su amigo y, encontrando algunas calles más lejos a Charlie, el chino rival, le advirtió también, con el deseo de que no le hiciera caso:

—Un aviso de amigo, Charlie. Te aconsejo que desistas de ir al teatro chino.

—¿Por qué?

—He hablado con Chuck Riley y dice que si te pesca allí, sus hombres te matarán.

—¡Veremos quién es el que mata!

Y el oriental corrió a dar instrucciones a sus amigos, mientras el periodista Jerry se preparó a ir al teatro, aunque con toda clase de precauciones.

Pensaba dar a sus lectores una información sensacional, vivida, de una de aquellas refriegas que convertían una parte de la gran ciudad norteamericana en un barrio del auténtico Oriente.

Confiaba en que las balas le respetarían y que los chinos que sentían verdadera simpatía por él no dispararían contra su interesante personilla.

El no era enemigo de nadie... Sólo deseaba poder publicar artículos fantásticos en el periódico.

Cada información de aquellas le valía un aumento de sueldo... Y deseaba que las luchas fueran continuas...

\* \* \*

Aquella noche, todos los chinos del barrio se dirigieron al teatro, donde la función era lo de menos. Lo interesante sería la refriega que iba a estallar a una señal convenida.

Todos los orientales llevaban armas, y sus labios sonreían malévolos...

Chuck encontróse poco antes de llegar al teatro con el reporter Jerry, quien fué detrás de él, sabiendo que aquel hombre era uno de los jefes que tenían que dirigir la contienda.

—¿Me quieres hacer el favor de no seguirme?—protestó Chuck, mirándole despectivamente—. No vayan luego a echarme a mí la culpa de tu muerte...

—¡No me importa! Las balas son invulnerable para mí.

—¡Ya veremos!

Instantes después, Chuck se encontró con Boston Charlie.

Ambos rivales sonrieron y se saludaron con largas reverencias. Nunca se debía per-

der la tradicional cortesía oriental que obliga a los mejores cumplidos poco antes de que los rivales se arrojen unos contra otros.

—¡Hola, Charlie!

—¡Mi ilustre amigo Chuck! ¡Qué gran honor será para mí el poder sentarme a tu lado!—dijo el malicioso chino, con una sonrisa plena de ferocidad.

—¡Qué casualidad! ¡Yo estaba deseando lo propio!—agregó Chuck, riendo a carcajadas.

En el instante en que los dos chinos iban a entrar, vieron aparecer a un grupo de gente blanca.

Charlie metióse en el interior del teatro, pero Chuck quedó como petrificado contemplando con asombro a aquel grupo de hombres y mujeres que tenía delante.

Sólo a una mujer reconoció: a Juanita, la linda americana a quien él salvó la vida días atrás.

Juanita, deseosa de visitar de nuevo el barrio chino y de volver a ver a Chuck, por el que se sentía misteriosamente atraída, había conquistado a varios de sus amigos para que la acompañaran a efectuar una expedición nocturna.

Allí estaba Gerald con un grupo de jóvenes de ambos sexos que habían accedido a la soberana voluntad de aquella gran caprichosa.

—¡Oh, señor Chuck Riley!—dijo Juanita, alborozada, al verle—. Le hemos estado buscando por todas partes. Mis amigos deseaban conocerle y estaban deseosos de gozar las emociones que ofrece este barrio.

—Pues les recomiendo que no entren en el teatro, ya que las emociones que se pueden gozar aquí no son muy adecuadas para mujeres—contestó Chuck con tono algo desabrido.

Quedaron un momento vacilantes y Chuck agregó:

—¡Vuelvan a su coche! Se lo aconsejo... La cosa no está para visitas.

Y, envolviendo en una rápida mirada a Juanita, entró en el teatro, lleno ya de concurrencia china, entre la cual figuraba como nota discordante la figura raquítica, pero vivaracha, del reporter.

Los americanos quedaron ante la puerta discutiendo lo que tenían que hacer.

—¡Vámonos!—decía Gerald—. Este ba-

rrio es un peligro. La otra vez que lo visitamos vimos caer a un hombre.

—¡No pasará nada! — protestó Juanita—. ¡Es tan interesante este ambiente!

—Opino como Gerald. Mejor sería largarnos—dijo una rubia en cuyos ojos había una lucecilla de terror.

—¡No seas tonta, Ana!—dijo Juanita—. Este hombre es bueno, es una persona extraordinaria y, junto a él, nada debemos temer.

—¡Créeme a mí! — intervino de nuevo Gerald—. ¡Volvámonos a casa, Juanita! Ya hemos visto las fieras... y a tu gorila.

—Será un gorila, pero es más leal que ninguno de vosotros... Me sentiría más segura en la jaula de ese gorila que a vuestro lado.

—¡Bueno! ¡Te seguiremos!—dijo Ana—. ¡No vaya a ser que te nos marches a la China!

Y todos entraron en el local, quedándose en las últimas filas de butacas... Tenían miedo, con excepción de Juanita, cuya única preocupación era la figura arrogante y dominadora de Chuck.

Momentos después, cuando apenas había

comenzado la representación, ambas bandas rompieron el fuego, originándose entre los espectadores una inmensa confusión.

Juanita, aterrorizada, se ocultó en un rincón, mientras sus compañeros huían a la calle, como almas que persigue el diablo, y sintiendo aún por todas partes el olor de la pólvora.

¡Estúpida Juanita! ¡A qué sitio de muerte les había llevado!

La lucha fué larga e implacable... En la sala del teatro, casi oscura, triunfaban los chispazos veloces de los disparos... Cayeron varios chinos heridos, llevando los partidarios de Charlie la peor parte y siendo arrollados hacia la salida por los bravos "tongs" de Chuck.

El reporter Jerry tuvo que escapar velozmente antes de que una bala acabase con su persona. ¡Adiós, información! Pero lo primero era la piel.

Juanita, desatados sus nervios, lloraba... Un instintivo terror la hacía estar junto a la pared, pegada como un ovillo y con el temor de una muerte próxima.

Cubriéndose el rostro con las manos, veía

a ratos a Chuck luchar valientemente y perseguir a sus adversarios.

De pronto, Chuck se fijó en ella. Sintió una sacudida de indignación. Aquella mujer se había vuelto loca. ¿Qué hacía allí, expuesta cada segundo a una muerte inminente?

Corrió hacia ella, cubriéndola con su cuerpo y llevándola a un rincón más seguro, donde la trayectoria de las balas no llegase.

Pero mientras la conducía allí, un disparo le vino a herir en un brazo, y Juanita comprobó que la manga de la camisa de aquel hombre se tornaba rápidamente roja.

—¡No se mueva!—gritó él a Juanita.

Y, volviendo a reunirse con sus hombres, siguió disparando contra las maltrechas huestes de Charlie, que desordenadamente abandonaban el local.

Chuck gritó a Charlie, con toda la burla del vencedor:

—¡Te deseo mejor suerte!

—Ya vendrá mi revancha...

—Aun te has escapado bien... Si no hubiera sido por miedo de matar a uno de aquellos estúpidos curiosos, tus hombres no

hubieran disparado contra mí un solo tiro.

—La próxima vez no será así...

—No habrá próxima vez. Tú caerás cuando estés maduro...

Charlie desapareció enfurecido y Chuck no quiso disparar contra él, pues sólo le gustaba vencer y dominar frente a frente, cara a cara, como los verdaderos hombres.

Renacida la tranquilidad, Chuck se acercó a Juanita y, mirándola un tanto pesaroso, le dijo:

—Ya ha visto usted todo el espectáculo... Ya ha visto usted a la fiera en su cueva nativa, la lucha y la muerte. ¡Ahora, váyase!

—¡No!—replicó Juanita, mirándole con ojos llenos de ternura.

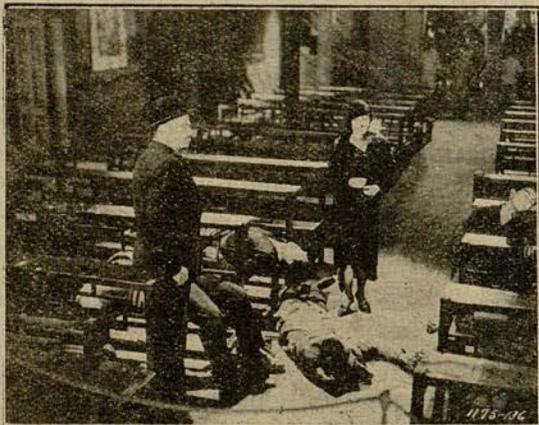
—¿Por qué? ¿Qué más emociones quiere?

—Quiero curarle el brazo—le replicó ella con delicada dulzura y contemplando la mancha roja, cada vez más intensa, de su brazo.

—Mi brazo no debe importarle, no necesita de sus cuidados... Vuelva usted con su gente.

—¡No quiero... no puedo dejarle! ¡Déjeme ser buena con usted!

Chuck, sorprendido, acabó por enterne-



—¿Qué más emociones quiere?

cerse ante la porfía extraordinaria de Juanita y accedió a que le curase.

Y fueron los dos a la casa de él. Y Juanita se convirtió en la enfermera más delicada que hombre alguno ha conocido.

\* \* \*

Durante varios días, Juanita permaneció al lado de aquel aventurero, que, al diri-



...Juanita se convirtió en la enfermera más delicada...

girse a ella, lo hacía con una voz distinta a la que empleaba para todo el mundo.

Juanita, la bella damita norteamericana,

acostumbrada a la vida muelle, a las contemplaciones y calladas admiraciones de su mundo, luchaba ahora entre la atracción que sentía por Chuck y la repugnancia que le inspiraba la vida que llevaba aquel hombre.

Su alma, sin saber por qué, tal vez cansada de hablar con los hombrecillos que ella había conocido hasta entonces, muñequitos de salón, bailarines de hotel y cultivadores de chistes estúpidos, se había sentido subyugada por aquel Chuck varonil y terrible que tenía la ruda belleza de un dios del Olimpo.

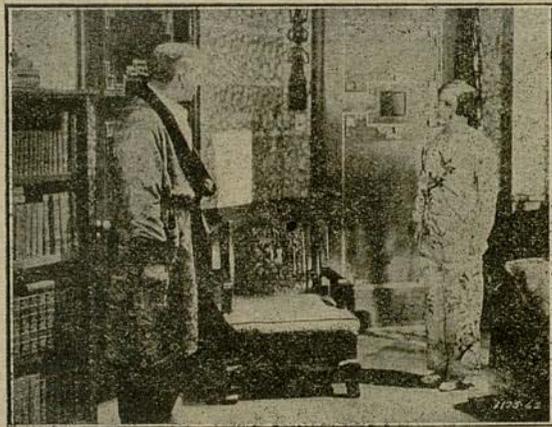
Y no se movía de su lado. Y a cada hora sentíase más atraída hacia él...

Y el jefe de los "tongs", dándose cuenta de los sentimientos de aquella mujercita, tenía el alma radiante... También él la amaba, también él, en la tosquedad de su corazón, empedernido por tantas luchas infames, había sentido nacer la flor de un cariño nuevo e inmaterial.

¡Oh! ¡Cuántas veces deseó besar a aquella criatura, estrecharla entre sus brazos y fundirse con su aliento!

Pero tenía miedo; le parecía que no era

digno de pertenecer a aquella mujer de un mundo maravilloso donde se vivía bien y no se respiraba la atmósfera triste y envenenada del barrio chino.



—*Debes volver a tu barrio...*

Un día, Chuc la aconsejó bondadosamente, con cierto afecto paternal:

—No debes vivir más aquí... Debes volver a tu barrio, en donde moran la paz, la tranquilidad y la riqueza. Ninguna de estas cosas aquí las gozamos nunca.

—No quiero marcharme de tu lado, Chuck—le contestó sintiendo deseos de llorar.

—¿No quieres? ¿Por qué, muñequita, por qué?



—No quiero marcharme de tu lado.

Y sus brazos por primera vez acariciaron el talle de la mujercita y ésta, conmovida, besó la boca del jefe de los "tongs".

—Porque te quiero, porque eres el único hombre que he conocido de verdad—le res-

pondió—. No, Chuck, no... ¿Verdad que tú no has pasado la vida en este barrio? Tú eres un hombre distinguido, culto... No perteneces a la gente de aquí.

Chuck iba sintiéndose enternecido.

—¡Qué fuerza tan poderosa de adivinación tienes, Juanita! ¡No soy de aquí!.. ¡Yo fuí en mi tiempo un muchacho honrado, rico, de familia distinguida! Pero mi mala cabeza, mi ansia de aventura, me lo hicieron perder todo y comencé a frecuentar estos barrios. Sabes que no soy cobarde. Pues bien, varios sucesos que ahora no son del caso explicar, me hicieron jefe de una de las bandas de los "tongs". Ahora me debo a ella... Juanita, tú eres muy buena, pero no debes vivir conmigo. Te iría mal. Vuelve a tu mundo aristocrático.

—¡No... no!... Yo he llevado una vida mentirosa entre personajes de mentira... Tú eres el único hombre verdadero que he conocido, Chuck... y gracias a ti quiero ser una mujer verdadera.

—Sé razonable, Juanita. ¿Es que crees que yo no te quiero? ¡Mucho! ¡Con toda mi alma!... Pero yo no me pertenezco; soy jefe de los "tongs". ¡Vaya, Juanita, vuelve

a tu casa!.... Hasta ahora, todo ha ido bien, pero si lo prolongásemos corremos el riesgo de echarlo a perder.

—¡Yo no me voy!... Deseo casarme contigo y hacer de ti un hombre honrado. Abandona este distrito y vente conmigo... Eres un gran hombre y un puesto de honor te espera en el mundo.

—Eso son historias bonitas, pero que no pueden tener realidad. Te aconsejo una vez más que me dejes, Juanita.

Pero ella no quiso y Chuck tuvo que admitirla a su lado...

Y aquella hermosa mujer comenzó a sostener una violenta lucha consigo mismo.

Comprendía que hacía mal permaneciendo allí, en aquel ambiente, pero no quería abandonar a Chuck.

—¡Casémonos!—le suplicaba Juanita— ¡Y seré tuya, siempre tuya!... Pero vayámonos de aquí hacia un país donde haya sol.

—¡No puede ser, Juanita! No he de parar hasta haber vencido por completo a mi rival. Cuando haya renacido la paz, pensamos lo que conviene hacer.

Y por el momento tenía a Juanita en su

propio hogar, como en depósito sagrado, y hubiera dado la vida para que no le ocurriese ningún daño.

Juanita, locamente enamorada de aquel



—¡Y seré tuya, siempre tuya!

hombre, no quería separarse de él. Hubiera deseado tenerlo siempre junto a sí; pero esto era imposible.

Chuck salía a menudo, pues sus obligaciones de jefe de los "tongs" le obligaban a ello.

Una tarde vino un grupo de chinos a hablar con Chuck.

La muchacha comenzaba a comprender algunas palabras en lengua oriental y dióse cuenta de que iba a entablarse en breve una fuerte batalla contra el "tong" de Boston Charlie.

Chuck se armó con un par de revólveres disponiéndose a salir. Se trataba de apoderarse de una gran parte del barrio de los enemigos. A sangre y a fuego les desalojarían de allí, ensanchando la frontera.

Juanita se situó ante él, pretendiendo impedirle el paso.

—¡No vayas, Chuck! El corazón me dice que te matarán.

—Yo no falto ni faltaré nunca a mi deber. Mi obligación es estar al frente de los míos.

—¡Pues déjame ir contigo!

—¡Qué absurdo!

—¡Por favor!

—¡No, no!... ¡Sería ir a la muerte!

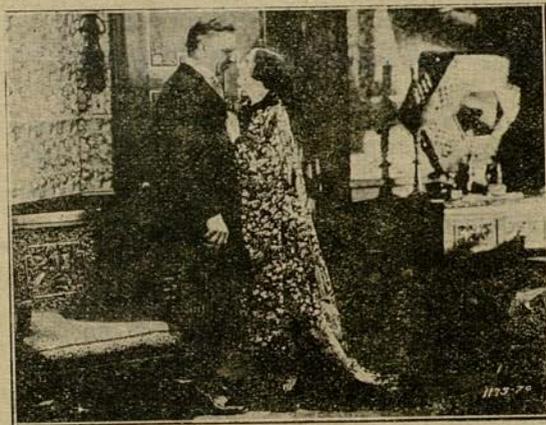
—¡Si me encierras aquí me volveré loca!

¡Si te vas, yo quiero ir contigo!

—Ninguna mujer decente del barrio chi-

no sale de su casa con excepción de los domingos. Y hoy es miércoles, Juanita.

—Chuck, no te expongas a las balas...



—¡Si me encierras aquí, me volveré loca!

Me he quedado aquí porque para mí tú lo eres todo en el mundo.

—Ten paciencia, Juanita... Dentro de un mes, Chuck Riley será el amo de todo el barrio chino y entonces no habrá quien le tosa.

Y, besándola cariñosamente, salió de la

casa, ordenando a sus sirvientes impidiesen la marcha de Juanita.

Una honda desesperación invadió a ésta. Quiso marchar, pero los servidores la disuadieron amablemente de su propósito.

—El amo ordenó que no la dejasen salir...

Juanita, entonces, se dirigió a su cuarto y comenzó a llorar. Estaba abatida y, poco a poco, fué examinando su conducta, pareciéndole absurdo cuanto estaba ocurriendo.

¡Ah, aquel terrible amor que se nutría de la sangre de sus venas! Esto era lo único resplandeciente entre todo lo hosco y horrible que la envolvía.

Por aquel amor, por aquel cariño que ella sentía hacia Chuck, la joven había roto convencionalismos sociales, había comprometido gravemente su dignidad, se había separado de un mundo donde si se comete algún daño contra la moralidad pública, se procura hacerlo de un modo hipócrita y falaz.

¿Qué dirían sus amigos sobre aquella conducta incomprensible?

Para evitar que denunciasen su desaparición a la policía, Juanita había escrito a

sus amigos, participándoles que se encontraba en el barrio chino por su propia voluntad y rogándoles que no la buscasen para nada. “Es una excursión agradable, como nunca pude soñar”, les decía. Pero no se daba cuenta de que con aquella carta labraba su propia deshonra.

Fué ahora, al sentirse abandonada en aquel cuartucho, cuando comprendió realmente que se había comprometido de manera tan honda, tan grave, que no podía volver a visitar a sus conocidos sin que le cayese la cara de vergüenza.

Y, sin embargo, se sentía atada por lazos indestructibles a aquella nueva vida. Su alma de mujer, cerrada hasta entonces a todas las emociones del amor, se había abierto al sol del cariño y ya no podía sustraerse a su influencia.

Quería a Chuck y por él sería capaz de dar la vida... Pero deseaba casarse cuanto antes y con él huir de aquellas tierras malditas.

¿Por qué Chuck no vivía exclusivamente para ella? La quería, pero no la quería del todo, puesto que seguía acudiendo a las

refriegas, exponiendo una vida que para Juanita era preciosa.

Toda la noche la pasó la joven en una profunda inquietud. El silencio del barrio era turbado únicamente por algunas detonaciones... La lucha, implacable en el exterior... ¡Ah, si alguno de los tiros fuese directo al corazón de Chuck!

¿Qué haría entonces ella?

Por eso, cuando a media noche se abrió la puerta y apareció Chuck, la joven corrió hacia él y le besó apasionadamente:

—¡Chuck, Chuck! ¿Estás herido?

—Ni un ligero rasguño. Las balas me respetan desde que te amo. Me dejarán llevar a término todo mi plan para luego poder ser muy feliz contigo.

—¡Ojalá no te equivoques! Pero, ¿venciste?

—En toda la línea.

—¿Charlie?

El hombre sonrió.

—Le he quitado una gran parte de su barrio. Aun falta mucho para vencer, pero antes de un mes habrá caído.

—Esperar un mes aun a que termine esa

vida. ¡Cuán largo plazo! Pero, ¿me prometes que entonces?...

—Entonces nos alejaremos de aquí... y llevaré esa vida plácida que quieres.

Y Juanita, emocionada, se quedó dormida en sus brazos, como una niña.

\* \* \*

Pero las cosas no fueron para Chuck tan bien como él había supuesto. Los enemigos reaccionaron; las gentes de Boston Charlie eran todavía muy numerosas y de nuevo emprendieron la ofensiva, derrotando en varias refriegas a los confiados bandos de los "tongs" de Chuck.

Este prometió tomar cumplida venganza de sus enemigos. Y eran diarias las contiendas en el barrio, los atentados a mansalva, las agresiones al amparo de la noche, sin que la policía se atreviera, prudente, a penetrar en el antro de aquella barriada china, cruzar aquella frontera que separaba la civilización alegre de la ciudad americana y moderna, de la existencia

horrible, plena de odios y crueldades, del vivir oriental.

Volvió Juanita a rogar a Chuck que marchara, que dejase los dominios del barrio a su enemigo.

—No, niña mía... Tú no conoces aún el sabor que para nosotros tiene la venganza. Tengo una cuenta pendiente con ese hombre y la saldaré aun al precio de mi vida.

—¡Tu vida no!—respondió la apasionada joven.

—¡Qué buena eres, Juanita! ¡Qué bueno sería el mundo si todos fuesen como tú! Pero, por desgracia, los hombres somos perros que nos azuzamos de continuo y hemos de recurrir al concurso de la muerte para seguir viviendo. ¡Pobre Juanita! Tu amor es enternecedor y emocionante y yo lo he de pagar con creces algún día. Pero... ya te lo advertí alguna vez: creo que hiciste mal en quedarte aquí conmigo. Tú no has nacido para eso.

—Sabes bien que no vine aquí por el placer de aventuras... Cansada de una existencia demasiado apacible, entre gentes bondadosas en el exterior, pero malas en el fondo, al conocerte te admiré y te quise

de pronto, sin saber bien por qué, quizá porque tu fortaleza, tu valor, tu serenidad, me dominaron. Yo lo he dejado todo por ti, mis amistades, mi vida bella, y tú, en cambio, no haces por mí el más pequeño sacrificio y te empeñas en una lucha que te ha de resultar fatal... ¡Ah! ¿por qué no interviene el Gobierno y acaba de una vez con estas matanzas?

Chuck sonrió, acariciando bondadosamente a la amada y asegurándole que era cuestión de poco.

Paciencia. El vencería a todos. Y, una vez satisfecho su amor propio con la derrota definitiva y aplastante de Charlie, se alejarían para siempre. Chuck era rico. Irían a Europa, a olvidar los tiempos de pesadilla.

Juanita, de modo inconsciente, recordó en aquel momento a Shakespeare, el trágico inglés cuyas obras más de una vez la habían conmovido con su fragor de pasiones humanas. Y pensó en la famosa definición de Hamlet: ¡Palabras, palabras, palabras!

Sí, Chuck la engañaba con bellas palabras, pero en la realidad era todo bien distinto.

Ahora, apenas paraba en casa, siempre de un lado a otro, defendiéndose de las acechanzas de los adversarios, que usaban a menudo la traición por táctica de combate.

Un día le dispararon varios tiros que milagrosamente no acabaron con su vida. Otro día le chamuscó el sombrero una bala; pero la buena racha continuaba.

Juanita era indudablemente el talismán. Nada le había de ocurrir.

Y la autoridad no se atrevía a poner freno a aquellos desmanes, pensando que tal vez fuese peor.

Sólo alguna que otra vez aparecían unas parejas de agentes, aconsejando a los chinos un poco de prudencia en sus guerras intestinas.

Les obedecían aquella noche, pero luego, al otro día, volvían a las andadas. Y así, sin enmienda y sin remedio pasaban las semanas...

\* \* \*

Una de las doncellas de Chuck pareció sentir por Juanita, aquella criatura blanca

de cuerpo de ángel, una profunda veneración.

Viéndola triste, resignada en espera de su señor, como la hurí de un harem, intentó tranquilizarla y logró ser su amiga.

—Nosotros, los chinos, tenemos algo para consolar que vosotras apenas conocéis.

—¿Qué es ello?

—El opio... Si tú quieres, yo te proporcionaré un poco de opio y verás qué pronto olvidas esas horas de melancolía que tanto te cuestan de pasar.

—¡No, no! Chuck me ama.

—Chuck te ama, pero prefiere la compañía de sus "tongs" a tu compañía.

—En eso llevas razón. Y esa lucha no se acaba... Y ese maldito Charlie no se da por vencido.

—Toma opio, mi señora, y verás qué pronto tu vida tendrá color de miel.

—¿Y tú podrías proporcionármelo?

—En mi cuarto tengo la droga y una pipa.

—No se lo digas a Chuck.

—Por supuesto. Me mataría. El no querría que fumases eso.

Fué la criada a buscar la venenosa droga

y volvió instantes después con el opio, que puso, apretado y denso, en el cáliz de una grande pipa.

La encendió y le dió la pipa a Juanita para que chupase con fuerza... Una humareda de color azul grisáceo llenó de pronto la habitación.

—Túmbate en el sofá y descansarás — le dijo la doncella.

Y la incauta chiquilla obedeció.

Poco a poco su inteligencia quedó sumida, abotargada en un extraño sopor.

Desaparecieron las ideas malsanas, las tristes preocupaciones de poco antes, para quedar presa en un nirvana delicioso, paraíso de falsa voluptuosidad.

Así permaneció largo rato, hasta que se durmió blandamente.

No despertó hasta la mañana siguiente. Se sentía muy fatigada, doliente. Sus nervios, excitados por la brutal caricia del opio, aparecían desquiciados; sus ojos tenían un círculo lívido que les daba mayor melancolía.

Chuck, que había regresado a altas horas de la madrugada, despertó tarde.

Fué luego a reunirse con su amada y, al

verla con el rostro pálido y las violetas de la fatiga en los ojos, le preguntó con inquietud:

—Pero, ¿no te encuentras bien?

—Sí. He descansado toda la noche—dijo ella, con el temor de que la clarividencia de Chuck descubriera la causa.

—Es extraño. Tu rostro denota cansancio.

—Deben ser preocupaciones tuyas, amigo mío.

—Tal vez no te engañes. Llevo una vida tan agitada, tan plena de peligros, que en todas partes veo rostros inquietos, carátulas siniestras. Esta noche ha habido en la taberna de Chan una pelea ruda, salvaje... ¡Ah, cinco de mis hombres han mordido el polvo!

—¿No acabará de una vez esa lucha que me trae loca?

—¿No te he dicho que debe proseguir hasta alcanzar mi victoria? Me estás ya cansando con tus remilgos. Si no te gusta...

—¿Me echas? ¿Me vuelves a mi mundo?

—No, Juanita, no. Bien sabes que en este corazón mandás tú sola. Pero deja a los hombres que se batan como hombres y

no quieras torcer el destino de mi vida.

—Lo hago por tu bien.

—Lo sé y por eso te perdono tus afanes; pero no insistas demasiado.



—Lo hago por tu bien.

Chuck le dió un beso y salió a reunirse con un grupo de chinos que le habló con gran temor.

Al parecer, la policía iba a tomar cartas en el asunto. Estaba dispuesta a hacer irrupción en el barrio, impidiendo de una vez

para siempre aquellas luchas de salvajes. ¿Es que era aquello un aduar, por ventura? ¿No había modo de que se respetasen la vida aquellos dos bandos de imbéciles?

—Hay que obrar con rapidez, Chuck... Esta noche, que sea la definitiva. Aplastaremos a los "tongs" de Charlie, quitaremos la vida a este hombre y tú serás el único señor.

—Tienes razón. No debemos perder más tiempo. Venid conmigo. Vamos a tomar las últimas medidas para que todo salga bien. ¡Ah, Charlie, Charlie! ¡Ahora sí que no te escapas! ¡Mi tiro irá directamente a ti!

Desaparecieron los chinos y el blanco Chuck. Juanita supo por la doncella, que se preparaba uno de aquellos nuevos y absurdos combates, que aumentaban el caudal de sangre del sacrificio.

—¡Si me matasen a Chuck!—suspiró la joven.

Y luego, contemplando a la doncella con una sonrisa de complicidad, le pidió:

—¡Dame más opio!

—¿Otra vez?

—¡Lo necesito!

—Vuelvo en el acto, señorita blanca.

Y la malévola doncella le entregó la pipa cargada de opio. Y de nuevo aspiró la ingenua muchachita aquel veneno mortal que si al principio parece producir una languidez deliciosa, no tarda en aniquilar el sistema nervioso, en romper el equilibrio de la vida, en destrozarse el corazón o ir directamente a la cabeza, para cegar las fuentes de la razón.

La locura y la muerte son la trágica consecuencia de esos tóxicos que destruyen a una parte de la pobre humanidad que precisa para vivir esas brutales sacudidas sobre su organismo.

\* \* \*

Chuck encontró en pleno barrio al famoso reporter Jerry.

—¿Cómo va el amigo?—le dijo el cabecilla—. Parece que huelen usted el olor de la pólvora.

—Sé que se suscitan luchas y quiero presenciárselas, aunque sea en lugar un poco apartado. Le debo una buena información a mi periódico.

—Pues, hoy tendrá usted ocasión de ella. Pero también tendrá usted ocasión de perder la vida. No escarmienta, al parecer... Acuérdesse de aquella vez, en el teatro...

—Sí, sí, pero, ¿y la información?

—Bueno, mártir del periodismo. Mi revólver no disparará contra usted, expresamente; pero no se fíe de los demás.

Chuck se dirigió a una taberna lejana, donde estaban todos sus partidarios, para organizar el último y terrible golpe, que daría al traste para siempre con el poder maldito de Charlie.

Y el periodista Jerry siguió paseando por las calles del barrio chino, sonriendo valerosamente a todo el mundo, procurando captarse simpatías para tener menos enemigos aquella noche, que iba a ser de detonación y de jarana.

Y en su casa, Juanita veía pasar tristemente las horas. Le había desaparecido ya el efecto del opio, pero ahora todo su organismo experimentaba un extraordinario malestar.

Y es que no era sólo su cuerpo el fatigado; era su alma la que se quejaba, la que protestaba contra aquel vivir absurdo, la

que le recordaba que no tenía derecho a permanecer allí, aniquilando su salud en aras del amor.

Juanita se sentía furiosa. La frialdad de Chuck, la preferencia que ese hombre amado demostraba por sus asuntos del barrio, eran dardos que le partían el corazón.

—¿Es que no llegaría nunca el día de libertarse? Cada hora que pasaba era funesta para ella. El opio la hacía suya, aprensándola entre sus viscosas garras frías.

De repente le pareció que el aire le faltaba y sintió el capricho de salir a dar una vuelta por aquellas calles que nunca había pisado sola.

Esquivando la vigilancia de la doncella y de los demás criados, puso en práctica su proyecto. Y, abriendo cautelosamente la puerta, salió, encontrándose en plena calle y respirando con avidez el fresco aire de la hora nocturna.

Pareció que con ese aire se infiltraba en sus venas una alegría nueva, un extraño optimismo que alejaba las persistentes y tristes ideas que en casa de Chuck la atnazaban. Y echó a andar a la ventura, co-

mo nave sin capitán, guiada sola por la corriente.

Así recorrió varias calles, que todas le parecían iguales, como repetidas constantemente, con sus tiendecillas de faroles iluminados, recubiertas de papel de color, con sus gentes que la miraban desde los umbrales y se abanicaban con grandes abanicos de papel.

De pronto, unos chinos se acercaron a ella. No los conocía, y le inspiraron un miedo atroz, un terror de muerte.

Quiso huir, pero le impidieron el paso.

—¿Dónde vas a estas horas?— le dijo uno de ellos, el más elegante y vestido con ropa mejor.

—Por aquí... a dar un paseo.

—¿Nada más? ¿Y eso lo sabe Chuck?— añadió, riendo.

—¡Oh, déjenme! Me vuelvo a casa.

—¿Tanto miedo te damos? Claro que... ¿tú no me conoces, verdad? — añadió el oriental.

—¡Oh, no, no!

—Pero, habrás oído hablar de mí. ¡Soy Boston Charlie!

Este nombre la hizo temblar. Era el jefe

de la banda contraria, era el principal enemigo de Chuck.

—¡Déjeme usted! Si es Charlie, ha de comprender que nada tengo que hablarle...

—¡Cómo defiendes a tu señor! ¡Vaya, afortunado Chuck! Se ha buscado una hermosa compañera. Porque tú eres hermosa, bien lo sabes, y aunque crees que soy enemigo de Chuck, he de reconocer que ha tenido buen gusto en elegirte para su amor...

La joven quiso escapar, aterrorizada, pues le daban más miedo aquellas palabras burlonas que la ira desencadenada de los adversarios declarados.

—¡No te muevas!—dijo Charlie cogiéndola por un brazo—. Tú y yo debemos ser amigos.

—¡No me toque!

—Quiero, primero, que entres en aquella taberna, donde beberás conmigo una copita de un vino riquísimo.

—¡No, no!

Pero, casi arrastrándola a la fuerza, la obligaron a entrar en aquel sórdido establecimiento.

Estaba desierto. Sólo detrás del mostrador un chino viejo lavaba unas copas.

—Cuestión de unos minutos—dijo Charlie—. Luego te dejaremos ir inmediatamente. Esta noche hay refriega y sentiría que te encontrase en plena calle.

—¡Por favor, déjenme, déjenme!—decía, llorando.

Pero fué inútil su porfía. Charlie acababa de idear un plan siniestro que heriría más vivamente a Chuck que la muerte de muchos de sus partidarios.

Ya vería qué cosas inventaba Charlie para castigarle. Le iba a herir en lo más íntimo de su alma. Sabía el cariño que Chuck sentía hacia aquella mujer. Pues bien, sobre ella haría recaer su venganza.

—Un viento de abril puede derribar una torre. Una mujer puede derribar a Chuck Riley, el amo del barrio chino—se dijo.

Trajeron unas copas y unas botellas y obligaron a beber a la muchacha. Juanita se resistía, pero casi a la fuerza, le exigieron que bebiese la primera copa.

—¡Basta... basta!

—Otra aun...

Y vino una segunda, y aun una tercera después. Y como el cerebro de Juanita se hallase débil a causa del opio, pronto per-

dió su razonamiento, su serenidad, y, caído en los abismos de la inconsciencia, ya no se resistió a beber nuevas copas de un vino denso como sangre.

Al cuarto de hora, Juanita reía y gritaba cual una locuela, cual una desdichada mujer...

¡Estaba embriagada! Charlie se reía, fro-tándose las manos con un placer de criminal.

¡Magnífico, magnífico! Ahora llevarían a la muchacha a casa de Chuck, para que éste viese en qué estado se encontraba la que era el ídolo de sus pensamientos.

Cogiendo por un brazo a Juanita, que cantaba y pronunciaba palabras torpes y estúpidas, los chinos salieron a la calle.

Recorrieron varios callejones del barrio. Iban en busca de Chuck, con la seguridad de que ese hombre había de sentir la impresión de una puñalada cuando viese de tal modo a su Juanita.

La suerte les favoreció. Vieron salir de una taberna a Chuck con varios amigos.

Dejaron sola a Juanita en mitad de la calle y fueron a esconderse en una esqui-

na, para ver el efecto que había causado su maldad insolente.

¿Qué iba a ocurrir ¿Pasaría Chuck de largo, sin distinguir la faz de aquella mujer?

Pero Chuck, que había dado ya las órdenes oportunas para la refriega, que comería una hora después, vió a una mujer tambaleándose en mitad de la calzada, dando extraños gritos mezclados con risotadas.

Se acercó a ella, sorprendido, y su asombro corrió parejas con su espanto.

¡Juanita! ¡Su Juanita! ¡Oh, maldición, oh, terrible realidad!

Lanzando una inmensa queja como si se partiera su alma presa de dolor, cogió a la mujer entre sus brazos, zarandeándola y llamándola por su nombre:

—¡Juanita! ¡Juanita!

Ella alzó los ojos, enrojecidos por la intensidad del alcohol y soltó una carcajada.

—Chuck... a casa. Llévame... o no... mejor a la taberna.

—¡Maldita! ¿Te quieres callar? ¿Cómo has salido de casa? ¿Quién te ha dado de beber? ¡Contesta, contesta!

Ella no respondía y hacía con las manos raros movimientos

—¡Pero, Juanita, alma mía! — suspiró aquel hombre, sintiendo desgarrársele a pedazos el corazón, como un cuerpo vivo que se desprendiera de él —. ¡Mi Juanita! ¿Quién ha sido? ¿Quién? ¡Ah, deben ser esos, esos malditos de los “tongs” de Charlie! ¡Si encontrase a alguno!...

Charlie y sus cómplices tuvieron buen cuidado en confundirse aún más entre las sombras.

—Lleva a esa mujer a tu casa, Chuck—le advirtió uno de sus amigos—. No podemos perder tiempo. Se acerca la hora.

Pero aquel hombre terrible estrechó más y más contra su pecho a Juanita, que ahora cerraba los ojos e inclinaba la cabeza junto a uno de los hombros de él. Instantáneamente comprendió toda su responsabilidad y toda su desventura.

¡Infame! ¡El, sólo él tenía la culpa de que aquella mujer estuviera hecha una ruina! ¡En vez de cuidar de ella, en vez de sacarla de allí como la pobre le pedía continuamente, la dejaba abandonada para correr en pos de venganzas y odios salvajes!

—¡No, no habrá más luchas!—gritó de pronto—. A lo menos por mi parte. Id y decid a todo el mundo que quèda suspendida la refriega de esta noche. Me marchó de aquí; buscad, si queréis, otro jefe. ¡Quiero paz, quiero paz! ¡No me debo sólo a mí mismo, sino también a esta mujer!

—Pero, Chuck, ¿estás loco? Piensa que Charlie se hará el dueño absoluto, si nos abandonas.

—¡No me importa! ¡Dejadme! ¡Apartaos! ¡Atrás! ¡Así... así... fuera! Ya sólo vivo por ella, por ella... Mirad, mirad lo que habéis hecho, lo que hemos hecho entre todos de la única mujer que me ha querido.

Y, cargando en hombros a la desgraciada criatura, echó a correr, perdiéndose pronto en las sombrías callejuelas.

Horrorizados, los amigos de Chuck volvieron a la taberna, a dar cuenta a sus compañeros de la extraña determinación del jefe. Y allá en su escondite, Charlie apenas podía contener su satisfacción, pues había oído las voces de su enemigo, que aseguraba su retirada para siempre.

Chuck, siempre con su preciosa carga en los brazos, llegó al límite de su barrio y

atravesó la calle, que pertenecía ya al barrio de la civilización que respeta la vida del semejante y no usa del revólver para dirimir sus contiendas.

Aquello era la vida de Juanita. Y en ella había de encontrar en lo sucesivo la paz. Y, subiendo a un taxi, ordenó les trasladara inmediatamente a un hotel, el más lejano del barrio.

Y aquella noche no hubo lucha en el barrio chino, pues la fuga de Chuck había dejado aniquilados a los partidarios de éste. Y Charlie, viendo que su enemigo le había entregado la victoria, tampoco tuvo ganas de pelear.

El periodista Jerry tuvo que volverse al periódico sin información. Indudablemente le perseguía la fatalidad.

\* \* \*

Pasó el tiempo, y allá en Europa Juanita y Chuck forman una pareja nupcial bien avenida. El pasado murió. El porvenir se presenta sonriente ante ellos. Juanita es mujer de hogar y cuida del marido que ase-

gura realmente que en el mundo no hay mejor vida que la matrimonial. Para nada hablan los dos del barrio chino...

Y allá en ese distrito de vida oriental sigue ignorándose el paradero del que un día fué su jefe. Ahora todos acatan la jefatura de Charlie. Reina la más grande paz.

El barrio sigue siendo un atractivo irresistible para el turista sediento de emociones. Su leyenda ha sido enriquecida, y al cruzar sus callejuelas los autobuses cargados de curiosos, los conductores se detienen ante la fachada de una casa de apariencia pobre y dicen en voz alta:

—A la derecha está el palacio de placer de Boston Charlie. Y en esa misma casa, Chuck Riley, el amo que fué de Chinatown, conoció y amó a la mujer por quien abandonó su dominio sobre el barrio.

FIN

Ha sido revisado por la censura

**Ediciones Especiales de  
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

**Orquídeas salvajes**

**El Caballero**

**Egoísmo**

**La máscara del diablo**

**El pan nuestro de cada día**

**Vieja hidalguía**

**Posesión**

**Tentación**

**La Pecadora**

**El beso**

Acaba de aparecer:

**Ella se va a la guerra**

por Eleanor Boardman, John Holland, etc.

En breve:

**LOS HIJOS DE NADIE**

por Leda Gys

**Precio: 1 peseta**

**La Novela Cinematográfica  
del Hogar**

**aparece los sábados y sólo publica  
asuntos de buen gusto**

- Número 1: **Puertas cerradas**, por Virginia Valli.—Postal-bicolor: JANET GAYNOR
- Número 2: **Madre pecadora**, por Irene Rich.—Postal-bicolor: CHARLES FARRELL
- Número 3: **Estrella simbólica**, por George O'Brien y Sue Carol.—Postal-bicolor: MARY DUNCAN
- Número 4: **La Loza del Pasado**, por Donald Keith y Helen Foster.—Postal-bicolor: EDMUND LOWE
- Número 5: **La mujer de Satanás**, por Marcela Albani y Jack Trevor.—Postal-bicolor: POLA NEGRI
- Número 6: **Jimmy, el misterioso**, por William Haines y Lella Hyams.—Postal-bicolor: MAURICE CHEVALIER
- Número 7: **Nueva mujer, nueva vida**, por Dorothy Sebastián, Pat O'Malley y Harry Murray.—Postal-bicolor: JULIETTE COMPTON
- Número 8: **Amanecer**, por George O'Brien y Janet Gaynor.—Postal-bicolor: CHARLES MORTON
- Número 9: **Tras la cortina**, por Lois Moran, Warner Baxter, etc.—Postal-bicolor: FAY WRAY
- Número 10: **Los misterios de Londres (La divina pecadora)**, por Anita Stewart, Creighton Hale y Francis Ford.—Postal-bicolor: DAVID ROLLINS
- Número 11: **En la vieja Arizona**, por Warner Baxter, Dorothy Burgess y Edmund Lowe.—Postal-bicolor: MARY PICKFORD
- Número 12: **Honrarás a tu madre**, por Mary Carr.—Postal-bicolor: GARY COOPER
- Número 13: **Nobleza baturra**, por Ino Alcubierre.—Postal-bicolor: GRETA GARBO

---

Éxito verdad de

## La Novela para todos

Publicación semanal de novelas  
para todos. Excelentes asuntos

**Precio: 30 céntimos**

---

PRÓXIMAMENTE:

### Biblioteca Rodolfo Valentino

Selecta colección de todos los asuntos interpretados por este inolvidable artista · Lujosa presentación · Numerosas fotografías en el texto.

**Precio: 50 céntimos cada librito.**

Se admiten encargos.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Tipografía - Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona